DIMINUTAS HISTORIAS DE ÉL Y ELLA

BLA BLA BLA BLA
SOBRE EL AMOR

Francisco Garzón Céspedes

LIBRO INÉDITO

Francisco Garzón Céspedes

NARRATIVA HIPERBREVE

BLA BLA BLA BLA SOBRE EL AMOR

Francisco Garzón Céspedes, cubano, de origen, y español por ascendencia, con doble nacionalidad. Reside en Madrid. Julio Cortázar dijo de Garzón Céspedes: *"entrega el prodigio de cada una de las palabras".* Es escritor, dramaturgo y director escénico, periodista, teórico y artista de la oralidad. Académico de la Academia de las Artes Escénicas de España y miembro también de SGAE, ACE, AAT, CEDRO… Desde los sesenta son publicados sus textos brevísimos, primero de poesía experimental y, desde los setenta, de narrativa. Su obra literaria gráfica ha sido expuesta en galerías profesionales, e incluida en libros y revistas de arte de: Bélgica, Cuba, España, Francia, Italia, México, Uruguay, Venezuela, Yugoslavia, entre otros. Antologado entre otras en: **La escritura en libertad, Antología de la poesía experimental en el mundo**, Fernando Millán y Jesús García Sánchez, Alianza Editorial, Madrid, 1975, y Visor, 2005; **Poesies expressions d'avant-garde en Amerique Latine,** Doc(k)sm, Marsella, 1976; **Antología ipersperimentale, Antología de la poesía experimental en el mundo**, Maurizio Spatola, Geiger, Turín, 1977; **Poesies et poemes in the world**, Doc(k)sm, Marsella, 1977; **La poesía experimental latinoamericana,** Clemente Padín, Colección Ensayo nº 1, Editorial Información y Producciones, Madrid, 2000. Es uno de los escritores que más ha trabajado el texto hiperbreve. Y han sido impresos muchos de ellos en libros y antologados (en España, entre otras, de narrativa, en el libro **La Mano de la Hormiga**, 1990). En el 2002 publicó, como carpeta y libro de arte, la **colección** de cuentos visuales de una palabra: "La burbuja de la síntesis" y la primera colección visual de textos narrativos de una letra (la acción en el verbo del título) "Cuentos de una letra", ya en las Bibliotecas Nacionales y otras de varios países. Ha trabajado además otros géneros de la hiperbrevedad: un alfabeto literario visual, las definiciones, las sorpresas, los dichos… De sus más de cincuenta libros impresos (muchos de géneros comercialmente difíciles) editados en países de tres continentes se han vendido más de medio millón de ejemplares. Ha recibido, entre otros numerosos reconocimientos, desde un Premio Nacional de la Crítica por uno de sus libros hasta el Premio Iberoamericano de Teatro "Ollantay" por vida y obra. Fundó y dirige la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica. Ha participado en más de cien eventos de primer nivel de literatura, literatura para niños y jóvenes, teatro, periodismo… en tres continentes, del Festival Cervantino de México al Festival de Otoño de Madrid; y organizado y dirigido cientos de eventos de oralidad artística, desde 1980, entre festivales, encuentros teóricos, encuentros docentes, ferias, muestras, lo que realiza hasta hoy anualmente en varios países, del Teatro de Caixa y la Universidad de Helsinki en Finlandia al Teatro "Santiago Rusiñol" y a la Universidad Complutense de Madrid, entre otros. Los libros de cuentos y relatos, específicamente breves y brevísimos, de este autor dados a conocer por las editoriales impresos son para adultos: **Amor donde sorprenden gaviotas** (Letras Cubanas, 1980), "Cuentos del narrador oral escénico", en **El arte /oral/ escénico de contar cuentos** (Frakson, España, 1991; en árabe, Ministerio de Cultura de Egipto, 1996), **Cuentos para aprender a contar** (Libros del Olmo / Universidad Surcolombiana, Colombia, 1993), **Cuentos para un mordisco** (OEYDM, México, 2001), "La burbuja de la síntesis" / "Cuentos de una letra" / "Alfabeto de la lucidez" (**Tres colecciones de textos visuales**. CIINOE, México, 2002); **Normales los sobrevivientes** (Ediciones COMOARTES, España, 2010, y Ediciones Matanzas, Cuba, 2013), **El corredor de infinitos** (COMOARTES, 2012), **Los 1111 pequeños cuentos del hombre que amaba contar** (COMOARTES, 2013) y **Normales los sobrevivientes** (Ediciones MATAN**ZAS, Cuba, 2013 y varios más desde este año),** . Y para niños: **Cupido Juglar, el niño más travieso** (EDUCA, Costa Rica, 1985, dos ediciones; Gente Nueva, Cuba, 1987*);* y para adolescentes y jóvenes: **Cupido Juglar mensajero de la ternura** (Amaquemeca, México, 1986*).* En el 2007, Thule Ediciones (Barcelona) en su Antología **Los mil y un cuentos de una línea** incluyó un número considerable de textos suyos narrativos. Desde 1988 colabora sistemáticamente con el Vicerrectorado de Extensión, Cultura y Deporte de la Universidad Complutense de Madrid: Cursos, muestras iberoamericanas de oralidad escénica, y en 2009, 2010 y 2011 eventos de integración de las artes en la Feria del Libro de Madrid. En el 2010 viajó especialmente invitado a dar recitales y lecturas, y a otras acciones culturales, a Helsinki (Universidad de Helsinki y Universidad Tecnológica AALTO), Tallin (Universidad de Tallin), así como a Cagliari, a Roma…; y a Berlín: Festival Berliner Märchentage (Instituto Cervantes y Universidad Libre de Berlín) y a su Simposio Internacional que inauguró con una conferencia magistral. Y se publicó su libro impreso: **Redoblante y Tío Conejo**, CDTB / BBK, Bilbao, País Vasco, España. En el 2011 se presentó en el Auditorio de Caixa Forum por el III Aniversario de la Fundación Baile de Civilizaciones y viajó a Egipto especialmente invitado por el Instituto Cervantes para celebrar, en el IC de El Cairo, el Día Cervantino de la Literatura Infantil y Juvenil y para participar en el Cairo Mediterranean Literary Festival. En el 2014 fue especialmente invitado al reconocido Festival Internacional de Teatro y Artes de Calle (TAC) de Valladolid. En el 2015 obtuvo uno de los seis premios de igual nivel del Ciclo "El teatro se lee en la Berlanga" de la SGAE al ser seleccionada su obra inédita *Animales de laboratorio, entre más*.

Este libro ha sido legalmente inscripto
en el registro de la propiedad intelectual de Madrid

Francisco Garzón Céspedes
Dirección electrónica: ciinoe@hotmail.com

Hace muchos años un hombre y una mujer se amaron por primera vez.
¿Qué es un hombre? Un hombre es una gota de agua.
¿Qué es una mujer? Una mujer es una gota de agua.
Pero un hombre y una mujer juntos no son dos gotas de agua.
Son el comienzo de un océano.

HISTORIAS DE ENCUENTROS

UN PAN EXTRAÑAMENTE REDONDO COMO UN PLANETA

Ella y él y el oso

Ella se propone incomodar al primero que entre al café. No a cualquiera. Al primer hombre deseable. Cuando él llega, lo mira a los ojos, y luego a una oreja: tres veces. Todo mientras él observa el salón y se dirige al fondo donde ella está ante una mesa. Él ya enfrente le dice en neutro: “Ése era mi juego de adolescente en los autobuses.” Ella no se siente culpable sino ridícula. Baja la mirada de los ojos de él a su cintura. De nuevo vuelve a los ojos para descender a la hebilla del cinturón. Y otra vez a los ojos para de inmediato empezar a deslizarse. Y cuando llega a la hebilla, mira a otro hombre sentado más allá, uno que parece ser un oso y la ha estado observando, uno al que había desdeñado de un vistazo; y le pregunta: “¿Se toma un café conmigo? Quizás así este desconocido deje de acosarme”. El otro hombre se levanta como se alzan los osos más feroces. Y él sabe que ella disfrutará de la pelea y se excitará cual se excitan las diosas, y se irá esa noche a la cama con el vencedor.

Ella y él desean volar

Ella desde hace mucho desea ser un ángel. Anhela poder aparecer, desaparecer. Para no involucrarse en más nimiedades y mezquindades cotidianas. Él desea, desde que recuerda, ser piloto. Y que su avión le permita ver los paisajes del cielo. Se conocen en una cita para la que ella y él se han anunciado como “Yo sí que vivo con los pies en la tierra.” Y en el café se inventan, como propias, historias comunes, prácticas, razonables, por lo que antes de despedirse, decididos a no reencontrarse, ni siquiera intuyen la coincidencia de que los dos desean, fervientemente, volar.

Ella, él, en la escalera mecánica

Ella asciende en la escalera mecánica. Él baja en paralelo. Se cruzan a la mitad y únicamente entonces descruzan sus miradas. No se conocen. No se han cruzado nunca. La ciudad tiene seis millones de habitantes. Podrían estar de visita los dos, o uno de los dos. Cuando cada uno llega a la planta correspondiente ceden a un impulso y, sin más, toman la escalera en sentido inverso, solo entonces miran buscando al otro y descubren que volverán a cruzarse. Mientras ocurre entrecruzan de nuevo sus miradas, pero esta vez se dicen al unísono: “¡Espérame!” Desconcertados, cuando cada uno baja de la escalera se queda a la espera del otro. Cada quien inmóvil hasta que toma una nueva decisión. Ella asciende en la escalera mecánica. Él baja en paralelo. Se cruzan a la mitad…

Ella y él y sus equilibrios

Que sus piernas son delgadas debajo del pantalón, es visible porque, dada la postura en la que está sentada, ella muestra los tobillos. Puede presumirse la tersura. Cuando desde otra mesa él levanta los ojos, ella lo está observando. Ha percibido aquel detenerse: el incipiente deseo. Él ansía dejar al descubierto aquellas piernas y morderlas con suavidad hasta las rodillas. Cuando las miradas confluyen, una cuerda de equilibrismo queda tensa. Un cable. Después cada uno desvía la vista. Él posa una mano sobre su hijo para indicarle se apresure. Ella arregla el cabello a una de sus tres hijas, la más pequeña. Cada quien considerando: *¿Cómo acercarse? ¿Desde qué territorios? ¿Para cuáles exploraciones? ¿Con qué en juego?* Cada uno se concentra en su desayuno, lo devora con ferocidad en ruta a la indigestión. Rabiosos, incompletos, desolados, anhelantes, roto el hilo de acero de sus equilibrios.

Ella y él como un planeta

Ella se arrodilla en la hierba. Oculta el rostro. El tiempo es un embudo. Una voz desconocida le inquiere*:* "¿Tienes hambre?". Y él tras preguntar extiende un pan, extrañamente redondo como un planeta. Ella no tiene hambre. Coge el pan, come con la cabeza baja en tanto escucha cantar un coro de niños y no oye, entre bocados, sus propios sollozos. Él la ve morder, tragar, llorar. Va a acariciarla. Regresa la mano y dice: "No te conozco. No sé por qué te hallas sobre el suelo, ni por qué lloras. Están la hierba, el árbol, las flores, y estoy yo, que debo irme y podría abrazarte." Ella no sonríe. Le busca el fondo de las pupilas. Asiente.

Él y ella y una posibilidad

Él está en el café con otro hombre. Ella lo mira con una intensidad que debiera convocarlo. Él está en el café con otro hombre que le habla. Ella lo mira con una intensidad que debiera convocarlo a una posibilidad obstinada, vulnerable. Él está en el café con otro hombre que le habla y al que sólo finge escuchar mientras percibe que ella lo mira y decide si ir a su descubrimiento. Ella lo mira con una intensidad que debiera convocarlo a una posibilidad obstinada, vulnerable, que suicida como paréntesis irguiéndose, marchándose tan bruscamente que su falda es un paracaídas.

Él y ella y el humo rojo

Cuando cada uno hace el hallazgo del otro en medio de la ruta: él se ha detenido por una herida en su pie izquierdo y ella está acercándose. Él, desesperado, imagina que de la herida le brota a bocanadas una columna de humo rojo que no cesa y que puede ocultarla a ella. Imagina que cada bocanada le duele como si la herida se multiplicara. Él se agiganta, atrapa el humo rojo con las manos y lo lanza lejos de sí. La realidad es que ella, tal vez asustada por el humo, desaparece. Él percibe como su pie izquierdo también desaparece.

Ella, él, los guantes

Ella, tras mirarse y mirarse con él, un desconocido, cruza el salón y al sentarse a su mesa deja los guantes sobre la mesa entre ellos dos. Él agarra el derecho para saludar con la caricatura de un apretón. Todo es silencio. Y ante la prolongación interminable del silencio, así callados se levantan para separarse. No advierten que él se lleva en su derecha aún agarrado el guante de ella.

Él y ella y la toalla de absoluta blancura

Él descubre en la rotonda el agua de la fuente cayendo desde muy alto, constante y fina. Salta el muro, y, vestido, permite que el agua lo empape. Ella a su vez lo descubre: la ropa pegada al cuerpo como para mejor imaginarlo desnudo. Y baja desde el edificio cercano con una toalla de absoluta blancura. Cuando ella se acerca con la toalla, él hace un gesto de que no se ocupe. A veinte metros se quedan, uno frente al otro. Hasta que él sale del agua y se aleja soltando gotas tan transparentes que aluden a una virginidad inmaculada.

Ella, los caballos salvajes, y él

¿Caballos? ¿Caballos desbocados? Ella duda, y se imagina en una pradera rodeada por caballos salvajes. Contempla como nieva afuera mientras anhela desaparezca el estruendo. El silencio no existe: se ha ido convirtiendo en una utopía. Rara vez hay silencio. En medio del ruido ensordecedor de las voces en el café que gritan en vez de conversar, la mujer que adora el silencio, lo inaugura a él a lo lejos, relincha y se une a la manada.

Él y ella en una espera que no aguarda

Cuando el gorrión se posa en la lámpara, él y ella, en mesas distintas, alzan la cabeza para observarlo, y ese gesto los vuelve presentes y se perciben solos y se sienten en una espera que no aguarda y se ven tristes y se invitan a la mesa del otro y cada uno tensa la cuerda y desea que sea el otro quien tome la iniciativa y la cuerda se rompe porque no se mueven.

Él y ella en una espera que se rompe

Cuando el gorrión se posa en la lámpara, él y ella, en mesas distintas de un mismo universo, alzan la cabeza para observarlo, y ese gesto los vuelve presentes y se miran y no se miran y se perciben solos y se lo niegan a sí mismos y se sienten en una espera que rechazan y se ven tristes y fingen no estarlo aferrándose a su cobardía y no se invitan a la mesa del otro y cada uno tensa la cuerda y desea que sea el otro quien tome la iniciativa y la cuerda se rompe cuando se mueven.

Ella y él: volúmenes

Una mañana de rostros con expresión neutra. O dormidos. En el vagón del metro ella habla muy alto por su teléfono. Tal volumen resulta innecesario: el resto de los pasajeros viaja silencioso. Él, uno en apariencia cualquiera, no puede reflexionar, abstraerse y hacer útil el trayecto hasta su trabajo por lo que se lleva a una oreja un teléfono imaginario, e improvisa a gritos una supuesta conversación. Ella, del asombro a la ira, se calla y cierra su móvil de un golpe. Los pasajeros tras un segundo, aplauden con fuerza. Él, sin embargo, no agradece, tampoco calla, por el contrario, totalmente lanzado aumenta su volumen. Ella y él se bajan juntos.

Ella y él, y el teorema

Ella se percibe con su tan habitual cara de estupor. No un estupor casi permanente que traduzca desconcertada inteligencia o anhelante búsqueda, sino el suyo que proyecta una cierta idiotez. Y él está allí, sentado enfrente y en medio de la cita a ciegas, con una apostura serena, y en apariencia de brillantez exterior e interior. Entonces a ella solo se le ocurre exhibir lo que sabe, y le pregunta: “¿Qué conoces sobre el teorema de los números primos?” Él hace un gesto de extrañeza, hasta que le responde: “¿Primos? No, no tengo primos porque mis padres son hijos únicos. Y los primos segundos son como esos ceros a la izquierda que no cuentan.”

Ella y él y ser o no ser

Ella es actriz. Al menos lo es en sus sueños y al ritmo de servir mesas y más mesas en un café. Cuando él entra y la descubre, en vez de pedirle un té, le dice*:* “Ofelia, ¿te dejarías rescatar de la locura?” Y ella siente que, si hay una actriz, entonces un personaje puede existir en cualquier espacio: “Hamlet –responde–, tendrás que cambiar nuestro destino: Ser o no ser.” Los camareros y los clientes no escuchan el diálogo, sólo los ven irse juntos en tanto un delantal vuela por los aires para caer creando geografías sobre una mesa.

Dulogía de nunca acabar de él y ella que caminan en sentidos diferentes

Él y ella desde antes se han mirado

Él y ella caminan en sentidos diferentes y se cruzarán. Desde antes se han mirado y han fingido no haberse visto. Cuando se cruzan, ella con su mano izquierda le roza un muslo. Él con su mano izquierda le roza una cadera. Unos pasos más allá, como si algo hubieran olvidado, giran, se regresan, fingen que nada ha ocurrido. Cuando se cruzan, ella con su mano izquierda le roza una cadera. Él con su mano izquierda le roza un muslo. Unos pasos más allá, como si lo olvidado no importara, giran, se regresan, fingen que nada ha ocurrido. Cuando se cruzan están de nuevo cada uno en la dirección en que caminaban inicialmente. Él y ella no se miran. Quizás no han fingido. Quizás no se han mirado porque no se han visto. Quizás todos los roces, tan correspondientes, han sido casuales que no causales.

Él y ella desde antes se miran

Él y ella caminan en sentidos diferentes y se cruzarán. Desde antes se miran y cada uno deja constancia visual al otro de haberlo visto. Se detienen. Se quedan inmóviles en medio del río de transeúntes que forma la corriente a su alrededor. Están a entre cinco y diez pasos uno del otro. Se recorren con los ojos. Se detallan. Él sonríe. Ella sonríe. Son sonrisas casi imperceptibles. Él decide regresarse sobre sus pasos. Ella no sigue su propio camino sino que también decide regresarse sobre sus pasos. Ahora caminan en sentidos diferentes pero no se cruzarán. Quizás no se han mirado, por lo que no han podido dejarse constancia de que se han visto. Quizás el quedarse inmóvil sólo está relacionado con cada uno sin vínculo con el otro. Quizás no se han recorrido con los ojos ni se han detallado. Quizás nunca se han sonreído imperceptiblemente. Quizás no se regresan sobre sus pasos. No se regresan. Quizás no… Él y ella caminan en sentidos diferentes y se cruzarán…

HISTORIAS DE SEDUCCIÓN

LOS JADEOS DE ÉL
Y LOS JADEOS DE ELLA

Él y ella desde el otro lado de la mesa

Él piensa que ella es una cebra porque su carácter es de rayas contrastantes. Ella sale de su placidez, levanta la cabeza y olfatea. Cuando lo mira desde el otro lado de la mesa, agita la crin como si retara el viento en la llanura. Y él se excita porque ella huele a selva. Huele a sudor de selva. Y ella se excita porque él huele intensamente, intensamente a cloro.

Ella dibuja y él vuelve a ver la gota

Ella dibuja un grano de arroz. Él lo coge y se lo come. Ella dibuja un grano de azúcar. Él lo coge y se lo come. Ella dibuja un grano de sal. Él lo coge y se lo come. Ella dibuja una gota de agua. Él va a beberla, pero la gota se cristaliza y rueda y se aleja y escapa y desaparece. Cuando se miran a los ojos él vuelve a ver la gota. Y descubre que no todo lo dibujado por ella podrá comérselo.

Él y ella y una mano a la cabeza

Él anda ensimismado y, aunque la mira, no se percata de que existe. Cuando se cruzan, ella le da una bofetada. Él, estupefacto, gira y la contempla alejarse. Repara en que es hermosa. Exuberante. Y, sin poder evitarlo, se lleva una mano a la cabeza y se acomoda el pelo. Ella, un poco más allá, dándole la espalda y sin dejar de caminar, hace idéntico gesto para acomodarse la larga, sedosa, extendida y flameante cabellera. Después la mano cae hasta su seno.

Él y ella y el gorrión

Un café en el que alguna vez hubo un gorrión. Uno próximo. En la sonrisa de él, cuando viene desde la cocina hasta la mesa, se bambolea el payaso. *"*Qué tomará." Ella devuelve la sonrisa e inquiere: "¿Y el gorrión?" Él pierde la sonrisa y demora la respuesta: "Se enamoró. Si yo amara, y las alas me lo permitieran, preferiría irme." Ya ninguno de los dos sonríe. "Termino a las tres.", añade él. Ella de un parpadeo apresa el gorrión para comérselo.

Ella mueve y él retrocede

Ella mueve el peón. Él retrocede. Ella mueve alfil, caballo, torre. Él retrocede, retrocede. Ella mueve la reina. Y él retrocede. Él aún pudiera salvar su rey, mas la reina de ella, al moverse, guiña un ojo, acaricia el vacío, y, sobre el tablero, sin pudor alguno, se desnuda.

Ella y él y la chispa y el canto

Ella sube a la pila y se acomoda entre la leña a esperarlo. Él, al ir a buscar leña para prender fuego, la descubre y se pregunta si está despierta o no. Mientras él decide, ella abre los ojos y salta una chispa desde los de él. Algo común la chispa cuando hay cálida leña a la espera de cálido fuego. Al día siguiente es él quien duerme en la pila. Y ella es el canto. Tiene una voz grave de caverna húmeda y musgosa. Canta y se acerca a la leña. Canta como cuando cantan las sirenas y más que extenderse sobre las rocas o nadar, se elevan, flotan, inician vuelos. Y él, doblemente, se levanta.

Ella se aparta cuando él se quema

El fuego no la desborda. Ella lo siente ascender y lo detiene adentro como si el volcán pudiera retener la lava, como si tuviera acaso la posibilidad de castrar la erupción. Él se quema en sus propias llamas. Entonces, cuando percibe que él ha ardido, ella se aparta, y displicente lleva las manos a sus pechos, las baja y desde su centro hace el ademán clásico de echar fuera. ¿Qué arroja? Él, atónito, cree verla: aún mirándola intensamente no la ve.

Ella lo mira y él tiembla

Ella lo mira y él tiembla. Ella lo toca y él tiembla. Ella lo besa y él tiembla. Ella lo penetra y él se sorprende.

Ella lo penetra y él se sorprende

Ella lo penetra y él se sorprende. Se angustia, se ofende, pero tiembla. Y el temblor lo recorre como una onda expansiva.

Ella y él en pedazos ensalivados

Ella no se lo come a mordidas. Lo muerde una vez como quien avisa. Y gira emprendiendo la marcha. Tan suave y seductoramente lo muerde, que él ansía lo devore. Y desesperado por ser, y no sintiéndose objeto de deseo, él comete el error de ir tras ella y zarandearla. Ella, ofendida en su generosidad, tampoco en esta ocasión se lo come, se limita a dejarlo, en pedazos ensalivados, para las hienas.

Él y ella y el trío

“Cara o cruz.” Ella sonríe como gata enigmática que se traga un canario. Él ve como ella se viste para salir a la caza de un tercero, y se maldice por habérsele ocurrido lo del trío. Él siente en sí, como desde ya comienza a contraerse y empequeñecerse. Sobre todo, a reducirse. A estas alturas ya no procede oponerse. Puede no participar, aunque cada segundo le parecerá un siglo. Y la amargura lo momificará y lo emparedará hasta volverlo fantasmal. Ella desde la puerta promete no demorarse en la búsqueda y seducción del otro.

Ella y él y el eclipse

Ella abraza el tronco del árbol. Gira la cabeza. Lo mira. Él corre hasta el árbol y la abraza a ella. Se sienten respirar. Más y más agitadamente. Así, abrazado él a ella, y ella al árbol, esperan el eclipse. Cuando todo se oscurece, sus cuerpos que se unen hacia delante y hacia detrás son la dimensión de otra claridad. Sombras encendidas. El mundo está completo en ese árbol. En sus raíces que llegan hasta la otra faz de la tierra donde es de noche. El viento que mueve las ramas contiene oxígeno del cielo todo. En la oscuridad que ellos iluminan, él experimenta la certeza de que el mundo está completo en cada cosa; ella experimenta la certeza de que el mundo está completo: que no hay polvo prescindible, gota, chispa prescindible. Los dos convencidos de que la muerte es el truco despechado del espejo.

Trilogía de ella y él, el decir y el escuchar

Ella a él ya se lo ha pedido antes

Ella le pide a él que no la bese en el cuello a menos que estén en medio del acto sexual. Que no la bese en el cuello pretendiendo iniciar el rito del sexo, pretendiendo encender el deseo. Que en el cuello la bese sólo después, en el interior de la ceremonia de los cuerpos unidos. Ella ya se lo ha pedido antes. No puede recordar cuántas veces a lo largo de los años. Le ha explicado que no sabe por qué. Que un beso en el cuello se le vuelve insoportable. Le genera tal tensión que en el pasado ha llegado a empujar violentamente a quien ha insistido. Ella ya se lo ha pedido por favor y vuelto a pedir. Y ahora está ocurriendo y ella no logra creer que ocurre.

Ella se contiene ante él

Ella le pide a él que no la bese en el cuello a menos que estén en medio del acto sexual. Que no la bese en el cuello pretendiendo iniciar el rito del sexo, pretendiendo encender el deseo. Que en el cuello la bese sólo después, en el interior de la ceremonia de los cuerpos unidos. Ella ya se lo ha pedido antes. Se lo ha pedido por favor y vuelto a pedir. Y ahora está ocurriendo y ella no logra creer que ocurre. Ella se contiene. Le significa un gran esfuerzo no apartarlo. No golpearlo por la tensión misma que le genera el beso en el cuello. Por olvidar lo que le ha pedido. No golpearlo porque no la ha creído. O porque no le importa que instintivamente ella no pueda soportarlo. Ella se repite que lo ama. Se llena de paciencia. Y vuelve a explicárselo hasta donde es capaz. Entonces él sonríe y vuelve a besarla en el cuello.

Ella lo muerde a él

Ella le pide a él que no la bese en el cuello a menos que estén en medio del acto sexual. Que no la bese en el cuello pretendiendo iniciar el rito del sexo, pretendiendo encender el deseo. Ella ya se lo ha pedido antes. Se lo ha pedido por favor y vuelto a pedir. Y ahora está ocurriendo y ella no logra creer que ocurre. Ella se contiene. Le significa un gran esfuerzo no apartarlo. No golpearlo por la tensión misma que le genera el beso en el cuello. Por olvidar lo que le ha pedido. No golpearlo porque no la ha creído. O porque no le importa que instintivamente ella no pueda soportarlo. Ella se repite que lo ama. Se llena de paciencia. Y vuelve a explicárselo hasta donde es capaz. Entonces él sonríe y vuelve a besarla en el cuello. Ella lo muerde en lo que él por un segundo piensa es una respuesta amorosa. De inmediato comprueba que es una mordida feroz, colérica, que cercena. La de una dentadura que aferra. Desesperada que aferra. Rabiosamente ofendida que aferra.

Él y ella y la góndola

Desde la nariz la respiración expulsa una góndola. Es una góndola densa, pujante, seductora. Una góndola que queda flotando en el aire entre él y ella. Él respira por la nariz y ella por la boca. La góndola es un anhelo entretejido entre los dos. Un anhelo que navega de un puerto a otro. Inhalado, exhalado. Tan real la góndola que se balancea con más y más fuerza en el oleaje mecido por los jadeos de él y los jadeos de ella.

HISTORIAS DE DESEO

DESEO TENER SEXO CONTIGO

Hexalogía de ella y él, él y ella, y el deseo

Ella cae sobre la lluvia
y él permanece impasible

Ella siente la lluvia como un diluvio de alfileres. La lluvia no cae sobre ella. Es ella quien, cuando salta hacia arriba, cae sobre la lluvia. Querría saltar hacia delante, hacia él que permanece impasible. Ella ha decidido fingir que es irreflexiva, superficial, extrovertida como en cada ocasión en que coinciden. Decidido estar desbordada, jubilosa. Él permanece impasible resguardado de la lluvia. Y ella se jura que él no percibirá cuánto lo desea. Y salta en el sitio. Empapada golpea la lluvia como un raíl de punta que busca diluirse.

Él cae sobre la lluvia
y ella permanece impasible

Él siente la lluvia como un diluvio de alfileres. La lluvia no cae sobre él. Es él quien, cuando salta hacia arriba, cae sobre la lluvia. Querría saltar hacia delante, hacia ella que permanece impasible. Él ha decidido fingir que es irreflexivo, superficial, extrovertido como en cada ocasión en que coinciden. Decidido estar desbordado, jubiloso. Ella permanece impasible resguardada de la lluvia. Y él se jura que ella no percibirá cuánto la desea. Y salta en el sitio. Empapado golpea la lluvia como un raíl de punta que busca diluirse.

Ella lo observa
y él saca el pecho

Ella lo observa desde una cierta distancia. Él levanta la cabeza, endereza la espalda, saca el pecho. Y finge no percibirla. Ella piensa: *Un cuerpo del deseo que no es hermoso. Que sólo es el cuerpo del deseo. Ni armónico. Ni radiante. Sólo el no apresado, inexplorado, intocado cuerpo del deseo.* Ella se ve acercándose, pidiéndole una cerilla, rozándolo. Y piensa que: *El contacto físico puede no significar demasiado si es secreto. Robado al cuerpo del deseo. Al fugaz cuerpo del deseo.* Y ella escupe para no ir hasta él y tocarlo. Escupe delante de todos.

Él la observa
y ella saca el pecho

Él la observa desde una cierta distancia. Ella levanta la cabeza, endereza la espalda, saca el pecho. Y finge no percibirlo. Él piensa: *Un cuerpo del deseo que no es hermoso. Que sólo es el cuerpo del deseo. Ni armónico. Ni radiante. Sólo el no apresado, inexplorado, intocado cuerpo del deseo.* Él se ve acercándose, pidiéndole una cerilla, rozándola. Y piensa que: *El contacto físico puede no significar demasiado si es secreto. Robado al cuerpo del deseo. Al fugaz cuerpo del deseo.* Y él escupe para no ir hasta ella y tocarla. Escupe delante de todos.

Él muerde como escorpión
y ella no lo mira

El deseo es un escorpión, piensa él introduciendo un dedo en el café caliente para disolver el azúcar. Ella entra como si él no estuviera. Nunca se saludan. Él la desea cada vez. La forma en que ella lo ignora es insultante. Pareciera condenado a fingir que ella no existe. Él se levanta, muerde como escorpión sobre sí, y deshaciendo la mordida le dice eligiendo las palabras: “Deseo tener sexo contigo”. Y ella responde: “Sí.” Y él no puede traducir: “Sí, lo sé.” O: “Sí, vamos.” O: “Sí. ¿Y qué?” Él no lo puede traducir porque ella no lo mira.

Ella muerde como escorpión
y él no la mira

El deseo es un escorpión, piensa ella introduciendo un dedo en el café caliente para disolver el azúcar. Él entra como si ella no estuviera. Nunca se saludan. Ella lo desea cada vez. La forma en que él la ignora es insultante. Pareciera condenada a fingir que él no existe. Ella se levanta, muerde como escorpión sobre sí, y deshaciendo la mordida le dice eligiendo las palabras: “Deseo tener sexo contigo”. Y él responde: “Sí.” Y ella no puede traducir: “Sí, lo sé.” O*:* “Sí, vamos.” O: “Sí. ¿Y qué?” Ella no lo puede traducir porque él no la mira.

HISTORIAS DE VIOLENCIA DE GÉNERO

TRAZA UNA FIGURA EN EL AIRE Y LA TACHA CON UNA EQUIS

Él y ella, y el ramo de flores

Él llega con un ramo de flores. Son gardenias por aquello de *“dos gardenias para ti”*. Se aproxima a ella como si pidiera permiso y la abraza. Parece protector. La mira a los ojos. Preámbulo a, lenta, delicadamente, besarla. Es un beso que pudiera pensarse tierno. Y ella finge creer que la pesadilla ha sido desterrada junto con la realidad. Y que este sueño existe.

Él y ella, y el beso que pudiera pensarse tierno

Él llega con un ramo de flores. Son gardenias por aquello de *“dos gardenias para ti”*. Se aproxima a ella como si pidiera permiso y la abraza. Parece protector. La mira a los ojos. Preámbulo a, lenta, delicadamente, besarla. Es un beso que pudiera pensarse tierno. Y él la golpea. Y la golpea. Y la golpea. Y la golpea. Y recoge las flores, estrujadas, pisoteadas, rotas, y vuelve a dárselas. Y la golpea.

Ella y él aún amenazante

Ella frente al espejo detiene su mirada en la huella palpitante de cada golpe. Hasta que, desde un imposible ver en el vacío, traza una figura en el aire. Y la tacha con una equis igual de imaginaria. De él, que entra en la habitación, queda su olor, reconocible, aún amenazante.

Él y ella y la lámpara

Él es un depredador y algo culpable se siente al regresar a casa. Cuando abre la puerta ella no está. Furioso, tropieza y rompe una lámpara. Sale, espera escondido. Tan pronto vuelve ella, él aparece. Y no le pregunta dónde ha ido. Sólo la acusa de haber roto la lámpara. La acusa y la golpea. La golpea. Y la acusa. Él es un depredador...

Ella imagina que él la imagina y la acaricia

Ella, sentada en el café, imagina que él, sentado en el café, la imagina. Que la imagina sentada frente a él en un tiempo que los contiene en su oleaje. En ese espacio los ojos de ella reflejan como él extiende una mano por encima de las tazas. No para golpearla. Extiende una mano y la acaricia. Y el aire, sólo el aire, entre aromas humeantes, se estremece.

Ella y él y la memoria

Ella ha perdido la memoria inmediata. Tras el atropello en la calle solitaria se incorporó, caminó hasta el café, se sentó. Es media mañana y el salón desierto está preparado para la comida. Él entra buscándola. Antes, ella escucha el frenazo. Brutal, él se acerca tropezando con las mesas. Ella no recuerda, pero como animal acorralado reacciona al peligro. Junto con la memoria ha perdido el miedo. Alza un tenedor y lo clava en el puño de él que avanza. Justo en el dedo que suele enseñarse erguido.

Ella y él gritando

Él entra buscándola. Antes, ella escucha el frenazo. Brutal, él se acerca tropezando con las mesas. Ella no recuerda, pero como animal acorralado reacciona al peligro. Junto con la memoria ha perdido el miedo. Alza un tenedor y lo clava en el puño de él que avanza. Justo en el dedo que suele enseñarse erguido. Y se sorprende a sí misma pensando que si ella ha perdido la memoria todo podrá serle perdonado, acaso por instinto, por propia defensa, por locura transitoria. Él está gritando. Ella decide que será la que más fuerte grite. Acaso los locos no son los que más gritan.

Ella y él, y la cuchilla inasible

Ella desde detrás del ventanal ve abajo en la calle a una mujer y un hombre. La mañana es gris-ceniza a punto de tornarse transparente. El hombre, con las manos en los bolsillos, va unos pasos por delante de la mujer, que se apoya en un bastón. La mañana es de un viento cortante como una cuchilla inasible. El hombre desprende una paciencia displicente, pero no camina al lado o detrás para proteger a la mujer, que parece avanzar tanto como retrocede. La mañana es de una lluvia diminuta como gotas de una gota de sudor. Ella se aparta del ventanal, y después de una mirada larga a ese entorno donde reside con él va hacia el dormitorio y comienza a hacer la maleta.

Ella y él, catarata y represa

Destellos desde sus ojos, luces desde sus contornos, reflectores desde sus pechos. Ella es río, catarata y salmones juntos. Él sólo es estanque, represa, red. Y le reprocha a ella que parezca un remolino. Y encierra la vivacidad de ella, su desbordada energía de cauce y manantial. *Salen de casa. Ya en la calle él la saca de un bolsillo, la despliega, le pone un collar y la deposita en el suelo.* Ella, de madrugada, no deja de tener esa pesadilla. Ahora está de pie junto al semáforo porque contra toda prohibición salió sola. Y, sin dejarlo hablar, lo citó por teléfono desde una cabina para después de la jornada de trabajo. Cuando, todavía a lo lejos, lo ve acercándose desencajado y furioso, ella, que aguarda ese instante, le señala la luz roja, da media vuelta y desaparece por la entrada del metro mientras comienza a desterrar humillaciones. El semáforo permanece parpadeando en rojo, pareciera que de entonces a la eternidad.

Dulogía de ella y él y el miedo

Ella y él y el doberman

Ella baila la melodía de su miedo. Él se ha dormido tras forzarla al sexo: una ofrenda de violencia a la muerte. Ella ha decidido que esta noche será distinta. Va sin ruido hasta la casa vacía de al lado. El doberman que ha recogido, curado, alimentado, acude para adorarla. Ella no le tiene cariño al perro. Algo del doberman le recuerda a él. Ella lleva el perro hasta el dormitorio donde tantas veces él la ha hundido en la fosa del miedo.

Ella y él y los gritos del concierto

Ella lleva el perro hasta el dormitorio donde tantas veces él la ha hundido en la fosa del miedo. El perro se adelanta expectante. Ella le ordena atacar. Y, por una vez sin prisas frente a él, ella sale cerrando la puerta mientras se tapa los oídos para no escuchar los gruñidos y los gritos del concierto tocado por las rítmicas dentelladas. ¡Ah, las pesadillas, y ella que no lleva a cabo ni sueños ni propósitos!

Él y ella y la dureza

Él, como de piedra, la toca. Con una dureza insensible. Ella retrocede. “Ven acá.”, dice él, un cobarde. “Te mataré.”, dice ella, que intenta no serlo. “Pronto. Por la espalda”, añade ella. A él lo muerde un aguijonazo; después, una esquirla de cristal que se le agiganta: “Te has vuelto loca… Me pierdes… Te dejo.” Y ella, mirándolo, decide protegerse: “Te mataré igual. Me aseguraré de que no cambies de opinión. De que no vuelvas a dañarme. Recuerda: por la espalda.” Y él decide irse del piso, cambiar de trabajo, marcharse a otra ciudad. Las locas le dan auténtico pavor.

Él y ella, sombra, aliento

Sombra de aliento. Él a ella la atisba.

Dulogía de él y ella, ella y él sin testigos

Él y ella y el cuchillo

Él la golpea. No la golpea a ella la mano de él. Mano e individualidad golpean. No corta el cuchillo. Cuchillo e individualidad cortan. Y mutilan fuera porque primero mutilan dentro. Y es dentro donde ella busca la salida del laberinto.

Ella y él que resbala

Él la golpea. Golpearla ha pasado a costumbre. Esta vez al golpearla, él resbala, cae, necesita ir a un hospital. Le suplica. Ella no lo cree. Piensa que es ella quien necesita del hospital. Y se queda encogida para protegerse. Se reconoce víctima. Cuando ella vuelve a tener conciencia, están los dos en medio del basurero. De un círculo que ella ha trazado. A él lo ha arrastrado desde el coche para maldecirlo sin testigos. Y, decidiendo que es legítima defensa, ella lo patea horadando la tierra, enrareciendo el aire, oscureciendo la luna. ¡Ah, las tantas y tantas pesadillas, y ella que no lleva a cabo ni sueños ni propósitos!

Dulogía de él y ella y los aullidos

Él y ella más un pastel de naranja y limón

Él entra y va derecho a la cocina. Encuentra sobre la mesa el pastel que, en la mañana, antes de irse al trabajo, le ordenó a ella que le hiciera. Es su preferido, de naranja y limón, y con un amarillo dorado apetitoso. Hay un pedazo cortado, como esperándolo. Lo muerde y una textura y un sabor extraño le estallan en la boca. Cuando escupe sobre la mesa ve que es la mitad de un insecto. Tiene una fobia tal que ni siquiera puede pensarle el nombre… Vomita encima del pastel. “Insecto”, eso le había gritado a ella al despertarse. Tiene una intuición. Enloquecido corta otro trozo. Descubre dos insectos más. Entonces tiene una certeza. Y una imagen: la del rostro de ella sonriendo mientras deja atrás la casa y lo abandona en búsqueda del olor de unas naranjas y unos limones intactos.

Ella y él, aullidos

Ella logra acallar sus aullidos interiores y se sienta en el sillón que él ha decidido suyo. En el que está frente al televisor. El único de la casa. Aquel donde él reposa después que la golpea. Es enorme y duro. Dentro de los sillones debe ser un coloso. Por excepción ella también se ha servido una de las cervezas que él compra sólo para sí mismo. Espera. Inmersa en una recién conquistada y creciente serenidad. Él llega, le cuesta abrir la puerta, entra casi a rastras. Acaba de recibir una brutal paliza. Ella se sabe responsable de pagarla. Piensa que cuando invierte sus escasísimos ahorros, los invierte. Al verla en su sillón, se aviva en él la ira que es su naturaleza. Y reúne fuerzas para ir a golpearla. Ella, de debajo del delantal, saca la barra de atizar el fuego. Se la muestra. Y de un salto se le enfrenta. Lo ve caer. Y se va a hacer la maleta mientras los aullidos del hombre le parecen cantos de monstruo.

Ella, el caracol, y él

Ella se acerca a él recostado indolentemente contra un muro y le muestra sobre la palma derecha un caracol de gran belleza por sus tonalidades. Él, sin averiguar si la concha está vacía o habitada, cierra su enorme mano sobre la de ella: el caracol resulta triturado. Como el molusco está dentro, la viscosidad deja sentir su leve humedad. Ella no consigue meditarlo, decidirlo: el impulso la lleva a hacerlo. Extrae de la falda un abrecartas y clava su punta en el puño casi cerrado de él, mientras piensa que al caracol le ha ido peor.

Ella y él, y la tragedia

Ella se muerde la mano para no gritar. Simula que se tapa la boca cuando lo que hace es morder para que las palabras aullantes de la soledad que le resuena adentro no resuenen afuera. Sentada en la cafetería, en medio de gente desconocida, es consciente de que no hay en la ciudad alguien con quien pudiera hablar sin censura propia o del otro. No resulta ser solo su drama, es la tragedia de quienes eluden verdades y esconden angustias: las más íntimas, las punzantes como esas lanzas que hieren hasta matar. Ella se muerde mientras mantiene la rutina diaria y acepta que ya nada será igual. Él en la cárcel por intento de asesinato. Ella golpeada. Y golpeada en su memoria. Ella sola en casa. Ella sola en la cafetería. Ella sola. Sola e inundada por la multitud de palabras que acalla cuando no cesa de morder.

Dulogía de él y ella y las cicatrices

Él y ella y un río de lava

Él no ve la cicatriz cuando ella se acerca en paralelo. Cuando accede a subir rodeando el coche. Cuando se sienta dándole el perfil izquierdo. Él sigue sin ver la cicatriz al estacionar, y mientras bajan, caminan, llegan. En el dormitorio, él adelantándose gira. La cicatriz es un río de lava congelada en el lado derecho del rostro. Él no expresa, ella no expresa, estatuas de un silencio acaso interminable. Un silencio lleno. Con lentitud él se desnuda, despojado, desprotegido. Ella dice: “Hay más”. Y él tiembla. “Hay más cicatrices.” Él responde: “Las cicatrices son el pasado.” Y, sin excitación sexual visible o invisible, pide: “Prueba a amarme si puedo y si no puedo.” Ella comienza a desnudarse.

Él y ella y peces de piedra

La cicatriz es un río de lava congelada en el lado derecho del rostro. Él no expresa, ella no expresa, estatuas de un silencio acaso interminable. Un silencio lleno. Con lentitud él se desnuda, despojado, desprotegido. Ella dice: “Hay más”. Y él tiembla. “Hay más cicatrices.” Él responde: “Las cicatrices son el pasado.” Y, sin excitación sexual visible o invisible, pide: “Prueba a amarme si puedo y si no puedo.” Ella comienza a desnudarse y abre la boca para hablar y no habla. Él tiembla desde un río de lava que le crece, y dos lágrimas le ruedan como si nadaran peces de piedra.

HISTORIAS DE SUSPENSE

A QUIEN LE VA A TOCAR NO SIEMPRE PUEDE IMPEDIR QUE LE TOQUE

Dulogía de él y ella coincidiendo en la ciudad

Él corre y ella aparece

Él corre semidesnudo por la calle que aún no despierta. A esa hora ella aparece. Él lo tiene cronometrado para durante seis madrugadas coincidir con la salida de ella del metro. En las tres anteriores parecía destrozada. Esta vez ella, de una ojeada, le talla los músculos: pecho, brazos, muslos, y se detiene porque: *Lástima de las piernas, insignificantes.* Y aunque acepta que es una superficialidad, no le perdona ese modo inarmónico en que comienza o termina su cuerpo. Y es que él se exhibe como si fuera prototipo de perfección cuando lo que sí debe ser es un fantoche descerebrado. Uno con piernas para un catálogo de esperpénticos alambres. Se exhibe, se toma su tiempo. Y tiene más experiencia que la que muestra. Él considera que una madrugada dentro de dos días, le dirá a ella un elogio sobre su energía, sonreirá humildemente y se burlará de sí y de sus extremidades. Y ella verá los ojos, el rostro de él, no sus piernas; el torso, los muslos, no sus piernas; verá los ademanes abiertos. Momento en que él se despedirá.

Él no estará y ella al reencontrarlo

Él una madrugada le dirá a ella un elogio sobre su energía, sonreirá humildemente y se burlará de sí y de sus extremidades, momento en que se despedirá. A la madrugada siguiente cuando ella emerja del metro, él no estará, y tampoco en las otras. Cuando él regrese cuatro madrugadas después, ella lo habrá anhelado. Él presume que ella, al reencontrarlo, estará a punto para que la seduzca y, porque ni le gusta: *La ponga a hacer la calle*. Tanta dedicación debe asegurarle esta presa. Ah, sus piernas, ella mucho se las limpiará con la lengua. Lo que él no puede presentir es que no fue quien primero coincidió con ella. Que fue ella: contratada para matarlo por cinco mujeres *puestas a hacer la calle*. Ella ha elegido: *De un disparo.* Las mujeres quieren visitar la morgue: contemplar la cabeza de él como trofeo. En esta cuarta madrugada al cruzarse en un mundo que gira, y donde a quien le va a tocar no siempre puede impedir que le toque, él y ella, al perderse de vista, son asaltados por una inquietud absurda puesto que son profesionales infalibles: *¿Qué ocurriría si entre ellos se enamoraran? ¿Giraría al revés el mundo?*

Él y ella y el alce como en una urna

El alce aparece dentro de la copa con coñac. Los cuernos sobresalen. Las puntas, secas. Cuando él fue al aseo su copa quedó desprotegida. Él observa a sus vecinos que aguardan como bloques en el bar. Saca el alce por los cuernos. Es de madera oscura. Le rompe una a una las astas, las patas. Cruje la madera como único ruido. Agarra el cuerpo, y lo devuelve a la copa. De un trago desaparece el coñac. Voltea la copa y lo que resta del alce queda como en una urna. Él piensa que, cuando ella regrese, se lo contará, y se reirán juntos, enteros. Él llega a la puerta. Alza los brazos y finge que los cuernos le tropiezan. Gira, por un segundo finge disparar. El coñac, en algunas copas, tiembla.

Él despide una energía de bestia y ella se lo comiera

Él despide una energía de bestia que pudiera hacer que prendiera el fuego. Y ella se lo comiera pedazo a pedazo. Él está en la barra, cerrado sobre sí para estallar, y finge no percibir cómo es examinado. Ha decidido que ella no puede gustarle. De qué serviría decirle que despertó una noche y en el centro de su cuerpo faltaba la mitad de su miembro. Relatarle cómo se siente uno cuando es comido. Crudo, sin fuego.

Él y ella y el hilo de tinta

Él imita la firma de ella. No la quiere, pero sí a su dinero. Cuando logra hacer perfecta la firma, le parece imperfecta. Y desiste. Toma el papel, lo echa al agua de la pecera y la firma se desprende. Hilo de tinta que flota sin deshacerse. Allí descubre ella, sorprendida, su firma. Como un sello revelador. Como un colofón. Como un epitafio.

Él y ella y el olvido

Cuando frena, mientras ella se aproxima, él cree conocerla. No logra recordar. Al detenerse ella a un costado, él piensa que la violará. Deja de pensar porque el disparo lo destroza. Ella retrocede, corre hasta otro coche que ha escondido. Se dirige a la ciudad. Abandona la escopeta robada. Ya en su piso se quita peluca, prótesis dental, lentillas. No puede hacerlo con los recuerdos. La violación. La depresión. El ajusticiamiento. En silencio se grita que ella tiene mala memoria y capacidad de olvido. A él lo olvidará. Será tiempo, será persistencia. Peluca, prótesis, lentilla, mañana estarán en el basurero.

Él y ella y la letanía

En la silla, durante aquella visita de inspección arquitectónica, él siente que lo abandonan las fuerzas, como si el café que ella le ha brindado… Cuando del interior de la casa surgen, cantando, las que parecieran ser la madre y la abuela, de ella que se une a la letanía, él recuerda el diario leído tiempo atrás en uno de los viajes. La noticia de la mujer arrestada –una de las hijas– y de las tres que escaparon. Todas de una misma familia. De la mujer apresada luego de que se descubrió un cadáver en la casa de al lado sin que aún ellas hubieran tenido tiempo de preparar la partida y de marcharse con sus cantos y escamas agitando sus colas.

Ella y él y la vía del tren

Ella y él avanzan hacia el tramo situado más allá de la curva. Detrás va quedando la estación, las luces, el resto de la línea. Detrás, perdiéndose, las voces. Pronto pasará un tren que no se detendrá. Cuando ya no pueden verlos, él se inmoviliza, la coge a ella por los hombros y la mira de frente. Después, tomados de la mano, se paran en el centro de la vía. Aguardan. Se escucha cada vez más ensordecedora la cercanía del tren. En el último segundo, él se zafa y salta. Ella alcanza a darse cuenta.

Él y ella en la pecera

Ella está sentada. Distante. Amurallada. Él observa el salón como una pecera. No hay mesas vacías. Ella es la única sola. Él le pregunta: “¿Puedo sentarme?”, y sonríe. Ella no gira. “No.”, responde. Él ya se sienta. “¿Me levanto?”, y sonríe. “Si se quedará, quédese en silencio.”, ordena ella. Él pide un café. Señala que su cuenta es aparte. Todos alrededor conversan. Ella y él, en silencio. El camarero trae bebida, taza, plato, cucharilla, azúcar, cenicero. “No fume.”, ordena ella. “Nunca fumo.”, y sonríe. “Quédese callado.”, reitera ella. Y él sonríe y precisa: “No deseo hablarle. Trato de tomarme el café sentado.” Ella indica: “Introduzca una mano por debajo de la chaqueta que está sobre mis muslos.” Él mete una mano y siente el calor a través de la falda. Ella atrapa la mano cerca de su sexo. La bofetada resuena. Como si descendieran por un tobogán, el camarero lo expulsa. Y le ofrece disculpas a ella: cliente habitual, ciega por golpeadura de su primer amante. Una ciega decidida a desayunar sin compañía en la pecera. Aislada de cualquier pez, depredador o no.

HISTORIAS DE TRISTEZA, MELANCOLÍA, DESESPERACIÓN

MAREA SIN MAR

Él y ella, y el otro al lado del paso de cebra

Él y ella desayunan en un silencio como de arena gruesa que no cae por el reloj. Están sentados junto a un ventanal. Él advierte que, en la acera, al lado del paso de cebra, está de pie un hombre atractivo, con un color de piel morena que hace pensar en un extranjero, aunque la expresión es de quien lleva mucho en el país. El hombre no mira hacia la cafetería sino hacia las calles y la gente, pero sin detener la vista y sin pedir o vender. Cuando ella se levanta para ir al médico y regresar, él se queda ante un café de mayor soledad. Al ella salir, él observa que el otro echa a andar. Piensa que ese hombre la esperaba y que se encontrarán en el camino o en la clínica. Con celeridad él tira unas monedas y sale tras el hombre, tras ella. Cincuenta pasos después, ve al otro encontrarse con una muchacha que trae un perro sujeto por unas correas rojas. Él se apresura a regresar a la cafetería a ver si logra sentarse a la misma mesa para no tener que dar explicaciones, que emprender algo tan fatigoso como volver a mentir.

Él y ella, y el otro que no mira hacia la cafetería

Él y ella desayunan en un silencio como de arena gruesa que no cae por el reloj. Están sentados junto a un ventanal. Él advierte que, en la acera, al lado del paso de cebra, está de pie un hombre atractivo, con un color de piel morena que hace pensar en un extranjero, aunque la expresión es de quien lleva mucho en el país. El hombre no mira hacia la cafetería sino hacia las calles y la gente, pero sin detener la vista y sin pedir o vender. Cuando ella se levanta para ir al médico y regresar, él se queda ante un café de mayor soledad. Al ella salir, él observa que el otro echa a andar. Piensa que ese hombre la esperaba y que se encontrarán en el camino o en la clínica. Con celeridad él tira unas monedas y sale tras el hombre, tras ella. Doscientos pasos después, ve al otro reunirse con ella y descubre el intercambio de droga por dinero. Comprende que ella necesita más calmantes que los prescriptos. Que todo se precipita y ella lo oculta. Él se apresura a regresar a la cafetería a ver si logra sentarse a la misma mesa.

Ella, él y el entonar

Por un andén en soledad del metro avanza ella cantando. Él desearía descifrar lo que canta, cantar a dúo. La observa desde el andén de enfrente: tan joven, con un moño grande y unos zapatos ridículos en azul metálico. Ella posee, sí, esa canción que desborda, y, quizás, atesora ilusiones. *Si algo necesita uno son ilusiones*, piensa él y se rasca la barba. *Las ilusiones parecieran palpitar en otras estaciones. Tampoco es que vayan a llegar en el tren.* Él intenta cantar, una letra que recuerda, con el mismo desparpajo que ella; cantarla con la voz de entonar que ha olvidado. Por más esfuerzos no encuentra más que su mutismo, y, finalmente, desde lo que ha desterrado adentro, halla un estertor.

Él y ella y el escorpión

Él es ausencia. Sin su voz, todo calla. Más allá de razones y pronósticos, ella sabe que, como en el desierto, no es que haya silencio, es que, de tanta desesperación, ha dejado de escuchar. Un escorpión de blancura perfecta se aproxima. La cola olvidada. El aguijón sin tensar. Ella, desnuda, no lo rehúye. Es una presencia. El escorpión roza la piel de uno de aquellos pies descalzos y busca cobijo debajo del calor de su planta.

Él y ella y los mensajeros de la muerte

Si uno pudiera llorar, y todo se limpiara, piensa él. Pero el fango tapona los conductos. El fango, esa mezcla de tristeza, melancolía, desconcierto, desesperación. Él no sabe qué hacer con la depresión de ella. Y se siente a ratos culpable a ratos devaluado a ratos deshecho a ratos desasido a ratos inútil a ratos loco a ratos abandonado. *Si uno pudiera llorar, y todo se limpiara*, vuelve a pensar, y algo presiona el dique, algo agrieta el fango. Un fango que resiste con el poder que tienen los heraldos de la muerte, sus muros, sus laberintos.

Ella, la sal, y él

Ella en la cocina coge un puñado de sal y se dirige al balcón. En el trayecto algunos granos escapan de sus dedos sin definir un rastro. Aún así el gato, al que a falta de leche se le ha dado de la condensada, descubre los granos y los lame hasta los pies de ella en un intento demencial de compensar tanto dulzor ingerido. Sobre él y la vecina a la que trata de seducir en la calle cuatro pisos más abajo, termina por caer la sal del puñado y la de una lágrima, que es del gato.

Trilogía de él y ella, ella y él, y el ataúd

Él y ella y el sillón

Él cree hallar a su padre muerto. El sillón aún se balancea. Le toma las manos. “Cómo duele”, articula. Y presiente que dolerá más. El sillón hace que el cuerpo asienta. Ése de quien nunca supo cómo le importaba. Ella entra e intenta abrazarlo a él desde la tristeza. Él inmoviliza el sillón. Se yergue inexpresivo, recto, duro: “Todos estaremos mejor. Hemos sido un accidente unos para otros.”

Ella y él y la puerta

Ella, detenida en la puerta. Él, hacia el centro del salón y congelado. El cuerpo del padre en el sillón, al fondo. “Hace diez años me acosté con tu padre.”, revela ella como con una cierta melancolía y aferrando la puerta. “Una forma de poseer algo tuyo que no podías negarme. Y me seguí acostando”. Él le da la espalda: “Ya tenemos algo en común. Mi padre, en mi niñez, también se acostaba conmigo.”

Él y ella y el ataúd

Él gira con desesperación hacia ella e indica: “Entiérralo. Págale el ataúd. Mi padre es todo tuyo. Cuando crecí quiso seguir poseyéndome y te poseyó a ti.” El sillón con el cuerpo vuelve a balancearse mientras la puerta se cierra y ella avanza. ¿Hacia el centro del salón? ¿Hacia el fondo? Y uno de los tres piensa: *Cómo duele*.

Él y ella y el escalón

Él se sienta, se va sentando, sobre el escalón a oscuras. Derrumbado por la tristeza él se recuesta en la barandilla mientras permanece sobre el escalón a oscuras. Desmoronado sobre el escalón. Ella lo ha abandonado. Sin más. Con menos. Por capacidad que es incapacidad en los espacios del amor. Él querría llorar, pero también lo ha abandonado el llanto. Marea sin olas el llanto. Marea sin mar. Querría llorar, solamente se aletarga sobre el escalón a oscuras. Resaca sobre el escalón.

Él y ella y la multitud

Él llora en silencio entre la multitud mientras la aguarda a ella. Llora como si, acompasadamente, se desangrara. Sin saber por qué lo hace en ese momento, y, no, antes, o, después. No puede parar. Llora por todo. Por cada partida y por cada regreso. Por cada tristeza. Indefensa tristeza. Vulnerable tristeza. Lacerante tristeza. Llora mientras se deshace. La multitud va y viene, y él alcanza a pensar que no va a quedar siquiera el charco de sus lágrimas para que, al llegar, ella lo encuentre.

Ella, y él y sus tres maceteros

Ella lo observa desde un lejano balcón. Él tiene tres maceteros de lo mediano a lo muy pequeño en la diminuta terraza a la que siempre accede solo. La altura es la de una sexta planta. Cada mañana, desde la calle o desde otras terrazas, se lo puede ver inclinado contemplar los maceteros; después, hacer reiterados ademanes como de quien arranca las malas hierbas; y, luego, como de quien encuentra diminutas piedras y las lanza a la calle. Cada uno de los maceteros está vacío. Ella lo observa desde un lejano balcón e intenta adivinarlo.

Dulogía de él y ella, ella y él, que cortan

Él y ella y la nana

Él entre las flores. Ella entre la leña. Él ha llegado corriendo. Su rastro pareciera imborrable. Campo florecido hacia sus horizontes verde grises. Él se deja caer entre las flores. A mano limpia, de rodillas corta un único y largo tallo con una flor y dos hojas. Lo mece con desesperación en sus brazos. Canta una nana de espaldas a la casa. De espaldas a la cuna con aquella presencia dentro que, rodeada de flores, se va volviendo rígida.

Ella y él y la cuna

Ella entre la leña. Él entre las flores. Ella ha llegado corriendo. Su rastro pareciera imborrable. Troncos bienhechores en pirámides ocres de galaxias. Ella se deja caer entre la leña. Hacha en mano, de rodillas corta un único y largo madero con una veta y dos nudos. Lo mece con desesperación en sus brazos. Canta una nana de espaldas a la casa. De espaldas a la cuna con aquella presencia dentro que, rodeada de leña, se va volviendo rígida. Se va volviendo rígida, rígida, rígida. Se va volviendo.

Ella, el espigón, y el recuerdo de él

Ella camina por el desierto espigón como si un mirlo lo recorriera, tal es su levedad. Es joven, no lleva maquillaje ni joyas, viste de negro y sostiene los negros zapatos en una mano. Anda con la lentitud de quien va detrás de un coche fúnebre. No hay tal coche. Cuando llega a la punta, lanza los zapatos a las olas. Se desnuda y ofrenda al mar la única prenda que la cubre: su vestido. Se acuclilla de frente a la inmensidad, se cubre la cara con las manos. No hay lágrimas al recordarlo a él. Igual llora y no cesa. No cesa, no.

Ella, la noche y él

Ella espera sentada a la mesa de una terraza, abstraída, alejada del gentío que la rodea y del que transita por la avenida. Delante tiene un vaso, luego otro y otro más grande: todos finalmente bocabajo. Espera hasta que al anochecer camina hacia la playa. Lo hace a paso de tortuga y se inmoviliza sobre la arena aguardando la llegada de la oscuridad. La noche la reclama a la vez desde su reflejo en las aguas, desde adentro de sí misma y desde quien es su punto de destino. Cuando comienza el aguacero ella continúa de pie. Tras un relámpago, avanza, y se sumerge erguida en la nocturnidad donde confía reencontrarlo a él.

Ella, las cicatrices, y él

Ella lo observa a él, que insiste en hablarle sobre una caminata y unas urracas que lo persiguieron. En continuar hablándole para ganar tiempo mientras busca nuevos argumentos para retenerla. Él le destroza el corazón: se esfuerza en resultar interesante, pero la cicatriz de su rostro y la inseguridad que le provoca marcan sus empeños. A ella no le importa tanto la cicatriz, que va de arriba abajo en línea curva. Sí las otras cicatrices: la inseguridad, la torpeza, los complejos soterrados que aflorarán. “Debo irme, por mis hijos”, explica ella antes de encaminarse al piso que comparte con la soledad. Él piensa: *Está más sola que yo, y ni aún así…*

Él y ella y un rojo negruzco

Él se asoma al balcón en la ternura afilada de un atardecer de invierno: Viste de negro, con un abrigo y algo más; debajo la camisa abierta casi hasta la cintura dejando ver el pecho y el vello –no demasiado, una mancha oscura en la distancia–. Ella piensa, desde la calle, que hay quien de modo natural despliega una imagen seductora, mientras otros no lo logran por más que persigan montarse un erotismo casual. Él la percibe y se abotona con lentitud la camisa. Las miradas enlazadas como de serpientes a puntos de enroscarse. Ella se encamina al edificio, anhelante e ilusionada. Abre la puerta del piso con su llave. Él no está. No puede tocarlo. Ella se detiene en el vacío del balcón, acaricia la madera de apoyarse y se va dejando caer hasta quedar de rodillas en tanto se desabotona la blusa y lo recuerda a él desnudándola. A él que una semana atrás se ha estampado contra el pavimento: La sangre de un rojo negruzco, desatado.

Ella camina junto al río y él la saluda

Ella camina junto al río cuando, al pasar el carguero, lo ve a él que la saluda con una sonrisa a la par que camina de la proa a la popa para seguir lo más cerca posible. Ella sonríe y continúa su marcha sin dejar de mirarlo con una determinación tan insaciable como la alegría nacida de su gozo por verlo, olvidada del todo de que se cumplen diez años de que en aquel mismo río y desde aquel carguero, después de un golpe en la cabeza, él cayó al agua para ahogarse. El carguero aumenta su velocidad y ella comienza a correr hasta que percibe como él se pierde en el horizonte desvaneciéndose en medio de una bruma que se ha ido haciendo más intensa que la memoria.

HISTORIAS INFRECUENTES

LOS CUERVOS
VUELAN DESDE SUS MANOS

Él y ella y los pájaros imposibles en el aire

Los cuervos vuelan desde sus manos. Son dos. Dan vueltas alrededor de él. Hasta que se quedan quietos. Imposibles en el aire sobre su cabeza. Ella aparece y su mirada lo enmarca todo. Incluso el paisaje. Los pájaros caen desplomados, uno delante de él, otro detrás. Él encoge los hombros. Y extiende las manos con las palmas hacia arriba. Ella levanta el vuelo, se posa en una de las manos, aletea triunfante.

Él y ella y la ofrenda

Un pájaro carpintero le pica la cabeza. Él lo espanta. Y piensa en ella. El pájaro regresa una, otra vez. Él decide dejar que lo pique. Tras un rato de cumplir con su destino, el pájaro resbala por el borde del hueco y queda atrapado. No puede abrir las alas. No puede salir. Él busca un sombrero y acude a la cita con ella en el parque. Se para de cabeza. Y el sombrero cae con el pájaro dentro como una ofrenda.

Ella y él y la cuchara y el puerto

La cuchara está firmemente sostenida por él junto a su boca. Ella se lanza a navegar en la cuchara. Y rauda arriba a puerto. Fugaz le da a él un beso diminuto. Y es tragada.

Él y ella y el gorrión que tensa el cuerpo

El gorrión se posa en el suelo al lado de él y de ella. Levanta la cabeza y mira a uno y a otro. Ellos lo observan y el aire en el café parece existir exclusivamente en el entorno de los tres. Ellos observan el gorrión, pero, aunque podrían, no le dan migas de pan o un pedazo de galleta. No le dan. El gorrión endereza la cabeza, tensa el cuerpo, se concentra y puja decidido a darles algo de sí. Único.

Él y ella y los peldaños en el vacío

Desde lo alto de la escalera y pisando los peldaños en el vacío él consigue sin esfuerzo llegar a la nube. Tal es su confianza. Eso sí, al descender nunca lo relata. Únicamente lo confía a ella que lo ha anticipado. Ella no lo felicita por llegar a la nube, sino porque siempre demuestra gran destreza al subir pisando los peldaños en el vacío.

El vaso de él y el agua de ella

El vaso de él cubre el agua de ella que cubre el vaso de él que no flota. El agua tampoco flota. Y ninguno, ninguno de los dos perece. El vaso porque no está en su naturaleza el ser ahogado. El agua porque es la que ahoga. El vaso de él cubre el agua de ella que cubre el vaso de él que no flota. El agua tampoco flota. El vaso de él cubre el agua de ella que cubre el vaso de él que no flota. El agua tampoco flota. Tampoco flota. Tampoco.

Ella y él como si no lo hiciera

La leche está deliciosa. Caliente, el sombrero la absorbe. La leche atraviesa el fieltro, muy pronto la absorberá la tierra. Ella traga la sopa sin poder saborearla. Él, quien desde una cierta caridad sirvió como limosna también la leche, sonríe como si no lo hiciera. La leche está deliciosa. Caliente el sombrero la absorbe. La leche atraviesa el fieltro, muy pronto la absorberá la tierra…

Ella y él y su nariz que suspira

Ella ve como él cuelga su nariz del gancho. Y, acaso tan normal, su cuerpo se va sin despedirse. Ella no dilucida si la nariz de él lo lamenta o no lo lamenta. Aunque pareciera que, por lo pronto, suspira.

Ella y él y león

El león que ella ha domesticado debe estar debajo de la alfombra no obstante lo lisa de su superficie. Debe estar porque una de sus zarpas asoma. Él rompe la botella de ron y hunde el cristal más grande en la zarpa. El rugido lo hace retroceder, tambalearse. Y la alfombra vuelve a verse como de costumbre: Tan lisa y sin zarpa visible. Desaparece el cristal ensangrentado. Ella lo va recogiendo y ocultando todo. También a él.

Él y ella y un perturbado chirrido

La tinta lo mancha. Donde más en el rostro. Donde menos en el ombligo. Ella comienza a limpiarla por el ombligo. Él permanece imperturbable. Ocurriría diferente de tener vida. Sí ocurre que un clavo del ataúd, reacomodándose, se yergue con un perturbado chirrido. La tinta, de improviso, se seca.

Él y ella y la pelota

Él se sienta sobre la pelota. Se eleva con la pelota sin despegarse. Y agita una mano para saludarla a ella que, allá arriba, indiferente, lo observa acodada en un globo desde donde él le parece un insecto sobre una pelota diminuta que bota casi a ras de suelo.

Él y ella y los ritos funerarios

Él la descubre sentada del otro lado de una ventana. Medio cuerpo, rostro girado hacia afuera. Él está enfrente. Ella, aunque mira en su dirección, no lo ve. Él cree que ella lo está viendo, cruza y le dice: “¿Por qué?” Ella no parece asombrarse. Ni evidencia que recién advierte su presencia. Lo toca un segundo con sus pupilas, lo incinera, y le responde. “Porque es tiempo de morir. De ritos funerarios. Y de ceremonias de despedida.” Y él duda, retrocede, se va, casi corriendo, espantado, mientras ella escribe sus frases en un papel donde otras fúnebres palabras las esperan.

Él y ella y la vendedora y el mal de ojo

Tras la discusión con ella, la vendedora lo aborda e intenta venderle uno de Navidad. Y, del número que él señala, no venderle un décimo, sino tres. Cuesta seis, el décimo. La vendedora afirma que es vidente y le leerá la mano, que le han echado mal de ojo. Él duda. Le da la mano y un billete de diez por todo. La vendedora señala que encenderá velas para él, y que ya ha recibido su propina, ahora toca que le pague la lectura, las velas… Él retira la mano. Rompe el décimo. La vendedora le suelta que él viene de discutir con ella, que es quien le ha echado mal de ojo. Y que él la ama. Pero que ella a él, no. Y concluye: “Usted no puede estar físicamente solo.” Él, a la vendedora, le maldice el día. Le maldice el año. Le maldice la vida. Se lo grita.

Ella que muerde, el perro y él

Cuando ella muerde al perro en el lomo, él siente la mordida en su garganta cual un cepo. El perro emite una suerte de chillido y salta hacia debajo de la mesa, donde gira y desconcertado queda mirando como si ella se hubiera transformado en una loba y él en un cobarde incapaz de protegerlo. Ella escupe, no al vacío ni al perro, sino a él en pleno rostro; aúlla ronca, poderosamente, y, en cuatro patas, abandona la habitación que ha convertido en su escenario. El perro y él, desinflándose, se lamen la mordida.

Ella y él y la hormiga en la mesa

La hormiga ha subido a la mesa. Ella la contempla imperturbable. Él, al que le da asco aplastar a la hormiga con un dedo, la hace caer. Unos minutos después la hormiga, de nuevo arriba de la mesa, se acerca a unos granos de azúcar. Cojea ostensiblemente. Él derrama todo el azúcar de un sobre encima de la hormiga. Y la escucha ahogarse. Ella también oye cómo se ahoga, y logra seguir tomándose el café y hasta sonreír e incluso comenzar a hablar de futbol.

Él y ella y la danza

De inicio, multiplicándose, él baila. Lo hace en un espacio reducido frente a un espejo. Baila para ella como si lo hiciera con ella. Y ella, inmóvil, desde su silla de ruedas, flota. El espejo refleja la danza de dos luciérnagas. Y refleja una silla de ruedas, en el salón, vacía.

HISTORIAS DE AMOR Y DESAMOR

¿ACASO SE DESPEGAN LAS ALAS?

Él y ella entregados

Él y ella duermen juntos. Uno pegado al otro. Casi uno dentro del otro. Entregados. Tanto que despegarse no tendría que ocurrir. Cuando duermen olvidan que son dos: tensos, agobiados, punzantes. No tendría que ocurrir: ¿Acaso se despegan las alas?

Él y ella y los hilos

Cada uno dentro de su propio círculo, él y ella extienden las manos el uno hacia el otro. No logran tocarse. La dificultad reside en que todo círculo tiene el poder de lo infranqueable. Él en una odisea de metas infinitas. Ella en su propio viaje donde teje con niebla telarañas de ausencia. Y es más, como Penélope, las desteje. Los dos son seres de permanencias. La lealtad los reunirá cuando sus tiempos vuelvan a entretejerse. Los hilos de sus destinos no son como los de sus ausencias. Son los hilos invisibles y resistentes de las arañas.

Él y ella tan solos

Él se demoraría en la boca de ella. Ella por su parte se aposentaría en la conciencia de él. Ella no consigue desearlo sexualmente. Él no logra que su interior la aloje. Avanzan no obstante hacia la posibilidad de una relación de pareja. Tan solos están.

Dulogía de él y ella y la chapa de cobre

Él y ella que se conocen

Él está de rodillas bruñendo a ras de suelo la chapa de cobre de una puerta a la calle. Ella lo ve y se detiene. Tanta es su presencia que él gira la cabeza y la observa. “Esto hago.”, dice él. Y ella se avergüenza por él, por ella misma, porque se conocen de otros tiempos, del primer año en la universidad y de estar enamorados. Y no le importa que esté limpiando, pero sí estar ella de pie y que él éste de rodillas. “Soy el que limpia.”, define él, hace un silencio, y, al fin, sonríe.

Él y ella que se conocen de otros tiempos

Él está de rodillas bruñendo a ras de suelo la chapa de cobre de una puerta a la calle. Ella lo ve y se detiene. Tanta es su presencia que él gira la cabeza y la observa. *“*Soy el que limpia.”, define él, y, al fin, sonríe. Y ella, que sí terminó los estudios, que es ingeniera, una a la que acaban de ascender, también sonríe, pero no logra preguntar, referir. *¿Tienes pareja? ¿Hijos? ¿Eres feliz? Porque yo sólo soy ingeniera.* Ella no vomita estas palabras, únicamente atina a despedirse con una mano que, de tan delgada, se transparenta.

Ella y él y un nomeolvides como otros

La flor no es carnívora. Es un nomeolvides como otros. Ante la perplejidad de ella, es tanto el temor de él que, cuando recibe la flor, le tiemblan las manos, rehúye la mirada, no atina a decir “Gracias” y únicamente farfulla: “No hace falta hablar de amor. Tampoco vivir juntos.”

Ella y él y la foto

Ella rompe en pedazos la foto de él. Después junta los diez pedazos y los pega. Cuando él llega tras una semana de no aparecer, ella le extiende la foto y le dice: “Esta es la imagen que tengo de ti”.

Dulogía de la mariposa

Ella y él y una mariposa verde y negra

Ella considera que él no es sensible. No los unen coincidencias, sino sexo. En la valoración de ella, él no es guapo. Sí, atractivo, por su tosquedad y fortaleza. Es cinturón negro. Y tan negro como ese cinturón. Él no es sensible y ella se lo reprocha. Le reprocha que no tenga un detalle. Esta mañana, en el parque central, él le entrega una servilleta, de un blanco inmaculado, doblada. Cuando ella la desdobla encuentra una bellísima mariposa verde y negra. Y mientras piensa que recibe un primer testimonio de sensibilidad, él comienza a decirle: “Se me vence el contrato… Me regreso a la capital.” Ella va a preguntarle qué pasará… Él impide la pregunta al explicarle: “Me voy a casar. Con mi novia de toda la vida… Cuando viajes allá, o si yo viajo acá, podremos vernos… Siempre dices que nuestra relación es por el sexo. Cada vez que llevemos un tiempo sin vernos tendremos más ganas.”

Ella y él y una mariposa verde y negra para que…

Ella considera que él no es sensible. No los unen coincidencias, sino sexo. En la valoración de ella, él no es guapo. Sí, atractivo, por su tosquedad y fortaleza. Es cinturón negro. Y tan negro como ese cinturón. Él no es sensible y ella se lo reprocha. Le reprocha que no tenga un detalle. Esta mañana, en el parque central, él le entrega una servilleta, de un blanco inmaculado, doblada. Cuando ella la desdobla encuentra una bellísima mariposa verde y negra. Y mientras piensa que recibe un primer testimonio de sensibilidad, él comienza a decirle: “Se me vence el contrato… Me regreso a la capital.” Ella va a preguntarle qué pasará… Él impide la pregunta al explicarle: “Me voy a casar. Con mi novia de toda la vida… Cuando viajes allá, o si yo viajo acá, podremos vernos… Siempre dices que nuestra relación es por el sexo. Cada vez que llevemos un tiempo sin vernos tendremos más ganas.” Ella estruja la servilleta. Deshace la mariposa. Y le devuelve servilleta y mariposa con una delicadeza que pareciera sensible. Se las devuelve para que él se limpie el escupitajo que ella le ha lanzado al rostro.

Ella y él y el oso de peluche

Ella aparece al anochecer con un oso. El oso tiene cara de buen animal. Es un oso rosa y gris. Un regalo para él, que se queda perplejo. Es un oso de peluche. Uno para niños muy pequeños, y él es un hombre, casi un adolescente todavía, pero un hombre. Ella es mayor que él unos cuantos años, y está llegando a esa habitación del hotel, una de las dos que ha alquilado en aquella ciudad de provincias. Ella es profesora, aunque no le imparte clases a él. El hotel, donde no hacen preguntas, es mezquino. Y los dueños se aprovechan de lo que intuyen. En las habitaciones que les alquilan ni siquiera hay sábanas, fundas, toallas. La que le ha tocado a él da hacia la calle y, por no tener, tampoco tiene bombillas. Él deposita el oso sobre la mesilla de noche mirando hacia la cama. “Para que aprenda algo.”, dice.

Ella y él y el oso rosa y gris

Ella aparece al anochecer con un oso. El oso tiene cara de buen animal. Es un oso rosa y gris. Un regalo para él, que se queda perplejo. Es un oso de peluche. Uno para niños muy pequeños, y él es un hombre, casi un adolescente todavía, pero un hombre. Ella es mayor que él unos cuantos años, y está llegando a esa habitación del hotel, una de las dos que ha alquilado en aquella ciudad de provincias. Ella es profesora, aunque no le imparte clases a él. El hotel, donde no hacen preguntas, es mezquino. Y los dueños se aprovechan de lo que intuyen. En las habitaciones que les alquilan ni siquiera hay sábanas, fundas, toallas. La que le ha tocado a él da hacia la calle y, por no tener, tampoco tiene bombillas. Él deposita el oso sobre la mesilla de noche mirando hacia la cama. “Para que aprenda algo.”, dice. En la mañana, un rayo de sol entra por entre la suciedad de la ventana, y da en los ojos de cristal del oso que reflejan los cuerpos, desnudos y abrazados, en medio de la sordidez de la habitación.

Ella y él y la puerta monumental y antigua

La puerta es monumental y antigua. Ella está recostada contra la puerta. Abre los brazos en cruz, cuerpo pegado de la cabeza a los pies contra la madera, al verlo. Él se detiene. Cierra los ojos para repetir su imagen y retenerla. Él se detiene y no avanza, la deja sola, como crucificada. Y se aleja con su recuerdo, desde el que ella, tan imprevisible y cambiante, no podrá dañarlo.

Él y ella y el tiempo que no lo cura todo

El tiempo no lo cura todo. El tiempo no lo tiene que curar todo, determina él. De cualquier manera, él nunca ha deseado curarse de ella. Y ahora y después no se curará. Hará lo necesario, lo impensable. Ella está en la estadística de los desaparecidos. Un día y sin más. Él hará que esté en la estadística de los desaparecidos aparecidos. Se encargará su tenacidad. La que pronuncia: “Amor.” La que lo repite de modo intemporal. Ni descanso, ni abandono, ni silencio, ni mordaza.

Él y ella cuando las pupilas se anudan

Él, un anciano, está sentado en el banco sobre la acera con una expresión de despojamiento. Es la mitad de un día de la mitad de la primavera. Él parece no estar completo del todo, como si el medio yo de las decisiones se le hubiera marchado. Entonces aparece ella, veinte años más joven, se detiene enfrente, a unos pasos, mirándolo hasta buscar sus ojos: el fondo de sus pupilas. Cuando las pupilas se anudan, los dos sonríen con sosiego, en armonía. Él se levanta y, al desanudarse las miradas, vuelve a parecer desasosegado. Y se queda sin moverse, de pie. Cuando las pupilas vuelven a adentrarse unas en otras cada uno avanza hasta que los cuerpos se juntan y, sin abrazarse, se apoyan cada quien contra cada quien, sin estremecimientos, sin enigmas.

Él y ella y toda la sopa.

La mesa está puesta para dos. Él sirve de la sopera humeante en cada plato. Deja la sopera, se sienta, toma la sopa. Cambia de silla, toma la sopa. Agarra la sopera, toma toda la sopa, mete la cabeza dentro. Ella reaparece en esos gritos inacabables que la sopera amplifica.

Ella, su marido y él

Ella está sentada enfrente de su marido en una terraza. Ha creído amarlo. Tienen dos hijos que se han marchado a la universidad. La camioneta se detiene. Su ocupante la mira a ella, que lo mira a él, al conductor. El marido se halla de espaldas al tránsito. No hay más coches. Cuando cambia la luz del semáforo, la camioneta no arranca en un intento de él –el forastero–, de que la mujer acuda y se monte para marcharse juntos tras unos días de ellos amarse en ausencia del marido. La mujer se incorpora. *¡No a esta edad!*, piensa. Se deja caer. “Qué calor”, murmura. Él y el marido de ella, sudan.

Trilogía de él y ella y las plumas

Él y ella y las plumas

Las plumas llegan con la marea. Miles, blancas, de pollo. Los bañistas salen. Él, con los pies en el agua, recoge algunas plumas limpias, sedosas. Y forma el nombre de ella sobre la playa. Cuando ella aparece, al no poder bañarse, las patea. Él recoge dos plumas: las estruja. Ella quiere hablar de otra cosa, pero él gira hacia el hotel a reunir sus pertenencias. Ella sigue en la playa, de rodillas, de frente al océano. Él en la recepción paga su parte, caminará hasta la estación de trenes porque el coche es de ella. Se marcha inventándose una canción.

Él y ella y una pluma

Las plumas llegan con la marea. Él está de pie en el agua, de espalda al océano. Conoce de las plumas blancas cuando lo tocan. Gira, desconcertado, y ve como, flotando, lo rodean. Miles de plumas llegando. Agarra una pluma, nada hasta la orilla, se la da a ella. “De pollo” dice él. “No.”, responde ella. “Son de paloma. Las ha hecho aparecer un mago: Por eso tenemos la suerte de este mar”. Él repite: “De paloma.” Y añade: “La pondremos en una urna para dar testimonio de la magia.” Y ella concluye. “Como un talismán.”

Él y ella y miles de plumas

Las plumas llegan con la marea. Ella arriba a la playa y, entre el estupor de todos, lo ve a él flotando bocarriba en medio de miles de plumas blancas que el mar aproxima. Él ya está muy cerca, trae los ojos abiertos, sonríe. Ella piensa que un dios se le ofrenda. Deja caer falda y blusa, las plumas comienzan a rodearla, y cuando se abrazan, rodeados por una blancura impermeable y sedosa que cubre el agua, no existe el gentío, ni las exclamaciones, ni el aplauso, sólo existen ellos dos fundiéndose en el festejo de un milagro.

Él y ella, una rueda

Dos dimensiones, una única rueda que rueda a cuatro manos.

Él y ella: una misma geometría

Él y sus muletas. Ella y sus destrezas inusuales. Convergiendo como si físicamente pudieran desplazarse por igual. Convergiendo en el espacio de su amor donde no sólo huesos y músculos caminan, corren, sino también danzan sobre el hielo, saltan desde los trapecios, dibujan con los esquíes una misma geometría de anhelos y fusiones. Ella como una casa con musgo. Él como un árbol del camino. Inexplicablemente juntos y caminando, corriendo, danzando, saltando, dibujando. Excepto porque ella tiene una humedad cálida que a él lo hace reverdecer. Y él tiene una savia de la que ella se nutre. Y porque habiéndose cruzado decidieron tanto danzar como arroparse.

Él, ella, el autobús, el corazón

Él sube y ella queda en la parada despidiéndolo. El chofer demora en arrancar. Cuando el autobús se pone en marcha se dicen adiós. El autobús debe ir hasta el final de la calle, rodear una fuente y regresar por el carril contrario. Él intuye que ella aún aguarda para volver a despedirlo. Él la ve, pero con veintiocho años y aquella sonrisa de felicidad y de pertenencia, irradiando la luminosidad de quien tiene la certeza. Por el rostro de él comienzan a resbalar las lágrimas porque suman cerca de dos décadas desde aquella expresión regocijada y las huellas de lo devastador de cada año la surcan como marca la sequía. El amor es más y duele como un campo minado. En la noche después del trabajo, al reencontrarse en el piso, ella le dice que, al verlo sonriendo y con la mano abierta contra el cristal, se le había partido el corazón.

ÍNDICE

HISTORIAS DE ENCUENTROS
UN PAN EXTRAÑAMENTE REDONDO COMO UN PLANETA

Ella y él y el oso

Ella y él desean volar

Ella, él, en la escalera mecánica

Ella y él y sus equilibrios

Ella y él como un planeta

Él y ella y una posibilidad

Él y ella y el humo rojo

Ella, él, los guantes

Él y ella y la toalla de absoluta blancura

Ella, los caballos salvajes, y él

Dulogía de ella y él y la cuerda

Él y ella en una espera que no aguarda
Él y ella en una espera que se rompe

Ella y él: volúmenes

Ella y él, y el teorema

Ella y él y el ser o no ser

Dulogía de nunca acabar de ella y él que caminan en sentidos diferentes

Él y ella desde antes se han mirado
Él y ella desde antes se miran

HISTORIAS DE SEDUCCIÓN
LOS JADEOS DE ÉL Y LOS JADEOS DE ELLA

Él y ella desde el otro lado de la mesa

Ella dibuja y él vuelve a ver la gota

Él y ella y una mano a la cabeza

Él y ella y el gorrión

Ella mueve y él retrocede

Ella y él y la chispa y el canto

Ella se aparta cuando él se quema

Dulogía de ella y él y el temblor
Ella lo mira y él tiembla
Ella lo penetra y él se sorprende

Ella y él en pedazos ensalivados

Él y ella y el trío

Ella y él y el eclipse

Trilogía de ella y él, el decir y el escuchar
Ella a él ya se lo ha pedido antes
Ella se contiene ante él
Ella lo muerde a él

Él y ella y la góndola

HISTORIAS DE DESEO
DESEO TENER SEXO CONTIGO

Hexalogía de ella y él, él y ella, y el deseo
Ella cae sobre la lluvia y él permanece impasible
Él cae sobre la lluvia y ella permanece impasible
Ella lo observa y él saca el pecho
Él la observa y ella saca el pecho
Él muerde como escorpión y ella no lo mira
Ella muerde como escorpión y él no la mira

HISTORIAS DE VIOLENCIA DE GÉNERO
TRAZA UNA FIGURA EN EL AIRE Y LA TACHA CON UNA EQUIS

Dulogía de él y ella y el ramo de flores
Él y ella, y el ramo de flores
Él y ella, y el beso que pudiera pensarse tierno

Ella y él aún amenazante

Él y ella y la lámpara

Ella imagina que él la imagina y la acaricia

Dulogía de ella y él y lo perdido
Ella y él y la memoria
Ella y él gritando

Ella y él, y la cuchilla inasible

Ella y él, catarata y represa

Dulogía de ella y él y el miedo
Ella y él y el doberman
Ella y él y los gritos del concierto

Él y ella y la dureza

Él y ella, sombra, aliento

Dulogía de él y ella, ella y él sin testigos
Él y ella y el cuchillo

Ella y él que resbala

Dulogía de él y ella y los aullidos
Él y ella más un pastel de naranja y limón
Ella y él, aullidos

Ella, el caracol, y él
Ella y él, y la tragedia

Dulogía de él y ella y las cicatrices
Él y ella y un río de lava
Ella y él y peces de piedra

HISTORIAS DE SUSPENSE

A QUIEN LE VA A TOCAR NO SIEMPRE PUEDE IMPEDIR QUE LE TOQUE

Dulogía de él y ella coincidiendo en la ciudad
Él corre y ella aparece
Él no estará y ella al reencontrarlo

Él y ella y el alce como en una urna

Él despide una energía de bestia y ella se lo comiera

Él y ella y el hilo de tinta

Él y ella y el olvido

Él y ella y la letanía

Ella y él y la vía del tren

Él y ella en la pecera

HISTORIAS DE TRISTEZA, MELANCOLÍA, DESESPERACIÓN

MAREA SIN MAR

Dulogía de la arena gruesa
Él y ella, y el otro al lado del paso de cebra
Él y ella, y el otro que no mira hacia la cafetería

Ella y él y el entonar

Él y ella y el escorpión

Él y ella y los mensajeros de la muerte

Ella, la sal, y él

Trilogía de él y ella, ella y él, y el ataúd
Él y ella y el sillón
Ella y él y la puerta
Él y ella y el ataúd

Él y ella y el escalón

Él y ella y la multitud

Ella, y él y sus tres maceteros

Dulogía de él y ella, ella y él, que cortan

Él y ella y la nana
Ella y él y la cuna

Ella, el espigón, y el recuerdo de él

Ella, la noche y él

Ella, las cicatrices, y él

Dulogía de la perdida

Él y ella y un rojo negruzco
Ella camina junto al río y él la saluda.

HISTORIAS INFRECUENTES

LOS CUERVOS VUELAN DESDE SUS MANOS

Él y ella y los pájaros imposibles en el aire

Él y ella y la ofrenda

Ella y él y la cuchara y el puerto

Él y ella y el gorrión que tensa el cuerpo

Él y ella y los peldaños en el vacío

El vaso de él y el agua de ella

Ella y él como si no lo hiciera

Ella y él y su nariz que suspira

Ella y él y el león

Él y ella y un perturbado chirrido

Él y ella y la pelota

Él y ella y los ritos funerarios

Él y ella y la vendedora y el mal de ojo

Ella que muerde, el perro y él

Ella y él la hormiga en la mesa

Él y ella y la danza

HISTORIAS DE AMOR Y DESAMOR

¿ACASO SE DESPEGAN LAS ALAS?

Él y ella entregados

Él y ella y los hilos

Él y ella tan solos

Dulogía de él y ella y la chapa de cobre

Él y ella que se conocen
Él y ella que se conocen de otros tiempos

Ella y él y un nomeolvides como otros

Ella y él y la foto

Tetralogía del regalo
Dulogía de la mariposa
Ella y él y una mariposa verde y negra
Ella y él y una mariposa verde y negra para que…

Dulogía del oso
Ella y él y el oso de peluche
Ella y él y el oso rosa y gris

Ella y él y la puerta monumental y antigua

Él y ella y el tiempo que no lo cura todo

Él y ella cuando las pupilas se anudan

Él y ella y toda la sopa

Ella, su marido y él

Trilogía de él y ella y las plumas
Él y ella y las plumas
Él y ella y una pluma
Él y ella y miles de plumas

Él y ella, una rueda

Él y ella: una misma geometría

Él, ella, el autobús, el corazón